

**(N. del T.): OPACIDAD LINGÜÍSTICA,
IDIOSINCRASIA CULTURAL**

M^a Luisa DONAIRE FERNÁNDEZ
Universidad de Oviedo

En un buen número de traducciones de obras literarias aparece a pié de página un texto adicional, complementario del texto traducido, que presenta una distribución irregular. Se trata de las Notas del Traductor. Constituyen éstas un terreno inexplorado, y sin embargo, a mi modo de ver, significativo, al menos para algunos de los aspectos sobre los que se reflexiona en este Coloquio, fundamentalmente la traducción de las referencias culturales y de las connotaciones lingüísticas.

Las N. del T. ofrecen un ámbito privilegiado para la observación, en tanto que evidencian las dificultades que presenta la actividad de un traductor concreto ante un texto concreto. Veremos que, incluso, en buena medida marcan el espacio de lo intraducible.

Al decir ámbito privilegiado me refiero, por una parte, al espacio textual en que se manifiestan: destacadas a pié de página e identificadas por la abreviatura N. del T. (o bien NT, e incluso N. de la T.), y, por otra parte, al hecho de que se trate de manifestaciones directas y explícitas del traductor, único espacio en que adopta el *yo* enunciador de su propio discurso.

Si la poética ha calificado la traducción como "hipertexto" o "metatexto", las Notas del Traductor podrían, en su dimensión espacial, designarse como "cotexto", y en esas condiciones, es fácil concluir que las N. del T. han de permitir una reflexión no sólo sobre la difícil tarea de la traducción sino también sobre el complejo estatuto del traductor.

Un texto traducido supone la apropiación de un texto ajeno vertido a *otro* sistema lingüístico y a *otro* universo cultural entendiéndolo aquí *otro* como *sustancialmente diferente*. Por lo tanto, en un texto traducido hay una parte de enunciación

“ajena”, la que corresponde al autor del original, y otra parte de enunciación “propia”, la que corresponde al traductor.

O más bien debería decir que, salvo en el espacio acotado como N. del T., se trata de la enunciación por parte del traductor de un enunciado “ajeno”. Para Culioli, “il est producteur par procuration, il est entremetteur”,¹ siendo la traducción, según esto, una *actividad metalingüística* y por lo tanto, filtrada por una subjetividad, actividad que Jean-Luc Goester define así:

“Il y a chez le traducteur comme chez le linguiste une activité métalinguistique qui consiste à se détacher de l'objet traité pour en construire une représentation”.²

Abundando en la misma idea, citaré la opinión de Cécile Cloutier manifestada desde la óptica inversa, en tanto que poeta traducido:

“Etre traduit, c'est parler avec des mots autres qui n'ont pas d'enfance en nous. (...) C'est surabonder de directions, et *n'être plus le seul auteur du texte*, mais l'écrire avec un autre qui choisira les mots en fonction de son être à lui, de sa vie, de son expérience du monde”.³

El traductor establece una relación compleja con el texto original que supone teóricamente dos fases sucesivas: una fase de “deconstrucción”, de distanciamiento, y una fase de reconstrucción, de apropiación, que se hacen patentes, como veremos, en las N. del T. En la primera fase el traductor se comporta como lector, recorriendo el camino inverso al seguido por el autor en la construcción del significado, y en la segunda se afirma como autor, si bien tiene un estatuto particular en tanto que lector y en tanto que autor. Quiere esto decir que, mientras que un lector reconoce el significado global del texto, el traductor ha de reconstruirlo punto por punto, y que, mientras que el autor asume todas las responsabilidades narrativas, argumentativas, el traductor sólo asume las puramente enunciativas.

(1) “Un point de vue énonciatif sur la traduction”, entrevista a Antoine Culioli recogida por Jean-Luc Goester en *Retour à la Traduction, Le Français dans le Monde*, 1987, pp. 4-10.

(2) “Reconnaître, représenter”, in *Retour à la Traduction*, op cit., p. 32.

(3) “Jongleries sur la traduction”, in *La Traduction: l'universitaire et le praticien*, Ottawa, 1984, pp. 203-206. El subrayado es mío.

De hecho, en tanto que autor, su identificación con el texto no siempre queda clara. Según Ducrot⁴ la función de la firma en un texto escrito es la de marcar la identidad del autor de la firma con el ser indicado como locutor en el enunciado, y en una obra literaria esa firma viene dada por el nombre del autor, que figura siempre en lugar preferente en la obra publicada. En las traducciones se mantiene esa firma, el nombre del autor del texto original, con el mismo tratamiento privilegiado y de forma constante, mientras que el nombre del traductor ocupa un lugar secundario, hasta el punto de perderse a menudo entre otros datos que conciernen las condiciones de edición en el reverso de la portada.

El nombre del traductor no recibe un lugar ni un tratamiento constantes, sino que cada editorial decide su emplazamiento y las condiciones de este. Y aún cabe otra diversificación. Si se trata de obras poéticas, el traductor alcanza el rango de editor o de autor de la versión en otra lengua, en cuyo caso figura en la portada cerca del autor. Pero el traductor de novela rara vez recibe un trato tan considerado; el más alto privilegio es el que le otorga, por ejemplo, Ediciones Alfaguara, de Madrid, que reseña siempre en la portada exterior el nombre del traductor, y, lo que es más extraordinario, incluye en la solapa una breve semblanza del traductor, junto a la del autor, en algunos casos. Con mayor frecuencia su nombre aparece en el reverso de la portada, como dije antes, más o menos confundido con el pié de imprenta. Un tratamiento intermedio es el que le aplican Seix Barral o Anagrama, de Barcelona, entre otras, que citan al traductor en la portada interior, inmediatamente debajo del título. Pero también se da el caso extremo de que no aparezca impreso el nombre del traductor: en la traducción de *Magia cotidiana* de André Breton publicada por Editorial Fundamentos de Madrid, fue añadido con un sello de caucho, en la contraportada. "Traducción: Consuelo Berges".

Y si como autor el traductor parece ocupar un rango inferior, como lector, al contrario, da muestras de una elevada cualificación. No sólo es capaz de apropiarse del texto dando su versión en otra lengua con la firma original, puesto que su nombre, como vimos, aparece más o menos camuflado, sino que en muchas ocasiones su papel de lector se extralimita ofreciendo más información que el propio autor del original. Más adelante tendré ocasión de citar algunos ejemplos.

Estos datos parecen caracterizar la figura del traductor en términos negativos: tiene algo de autor pero sin serlo totalmen-

(4) *Le dire et le dit*, París, Ed. de Minuit, 1984, pp. 194-195.